

POLO DE MEDINA, SALVADOR JACINTO (¿1607 – 1657?)

A LELIO: GOBIERNO MORAL

ÍNDICE

1

Este epigrama es del intento, hablando con una niña, que por su elección se entró religiosa

2

No imites a tu amigo Lauro, cuya rebeldía mereció este soneto

3

Lo mismo siente este soneto contra un ciprés que lo abrasó un rayo

4

Este soneto prosigue el mismo concepto

5

Escucha esta canción, que te habla al intento

6

Repara en lo que dice este soneto a una rosa antes de abrir

7

No ocasiones a que te digan lo que este soneto a una fuente, que estando muy rica de jaspes, no lleva agua

8

Encarézcalo este soneto, a una hermosura que murió de repente, teniendo un reloj en las manos

9

Lee este soneto a una mariposa que se ahogó en un vidrio de agua

10

Bien lo experimenta en este soneto una rosa maltratada de un gusano

11

Lee en estos versos lo que supo merecer un ingenio, grande y virtuoso

12

Lee este soneto a una hermosura que murió de repente con un reloj en la mano

13

Pero sin que lo entienda el malintencionado escucha a la verdad en tu abono este soneto

1

Este soneto es del intento, hablando con una niña, que por su elección se entró religiosa

Borrar supiste ¡oh Clori, oh rosa pura!
el albedrío de la contingencia;
ya a los rizos de nácar su violencia
no podrá destrenzarles la hermosura.

No admire, no, que sin edad madura
solicites galán que no hace ausencia,
que si el silencio es rostro en la prudencia,
la virtud es la edad de la cordura.

En peligros de un mal y de un engaño
es más sabia razón, más advertida,
prevenir, no enmendar, el desengaño.

Ciencia de escarmentados no es lucida,
y tú, por no ver males desde el daño,
los ves desde el discurso prevenida.

2

No imites a tu amigo Lauro, cuya rebeldía mereció este soneto

¿No escuchas con tu ingenio aquella fría
fuente, Lauro, que hermoso se dilata?
¿Ves cómo vuela, pájaro de plata?
Sagrada es, a mi ver, filosofía.

Líquida erudición tanta armonía
tu estudio sea, pues tu ser retrata;
una onda a otra onda la desata:
así impele el un día a el otro día.

Mas si de avisos no te persuades,
y te ofende escuchada, no tenida,
la culpa de tus locas vanidades,

bien de avisarte temerá mi vida;
que es siempre lo que informan las verdades
una salud muy mal agradecida.

3

Lo mismo siente este soneto contra un ciprés que lo abrasó un rayo

Es verdad; yo te vi, ciprés frondoso,
estrechar de los vientos la campaña;
yo vi ser la soberbia que te engaña
aguja verde en Menfis oloroso.

Creíste que por grande y poderoso
no te alcanzase de un dolor la saña;
rodear sabe el mal; por senda extraña
vino el castigo en traje luminoso.

Rigor tu vanidad llama a esta furia.
Si no son los castigos impiedades,
no se quejen tus culpas tan a gritos.

Nunca lo que es razón ha sido injuria,
ni por más que atormenten sus verdades
han de saber quejarse los delitos.

4

Este soneto prosigue el mismo concepto

Del mal que le amenaza al venturoso
librarme quiero yo por desdichado,
porque no duele tanto examinado
como cuesta el temor de un mal dudoso.

Desde el dolor padece el no dichoso,
el feliz desde el miedo, y del cuidado;
su edad tiene un dolor, y en lo esperado
es hacer de más años lo penoso.

Jamás alguno poseyó la suerte;
nada se goza un bien con un recelo,
que del mal la sospecha es importuna;

y pues a un bien no hay mal que no despierte,
en mi desdicha tengo mi consuelo,
si victoria no soy de otra fortuna.

5

Escucha esta canción, que te habla al intento

Todo el mayo volaba
en un pájaro hermoso,
que a carreras furioso
un halcón lo acosaba;
de unas ramas se abrigaba
y huyendo del peligro da en la liga.

La corderilla mansa
(felpa viva) se pierde
entre la selva verde,
y en dar voces se cansa;
y las voces que ha dado
las oye su peligro, y no el ganado.

Manchado de colores
(ya tigre de las aves)
el colorín, suaves,
cantaba sus amores;
el cazador lo oía
y su canto fue muerte, y no armonía.

Relumbra allá en el risco
(carbunclo de su pecho)
la llama que se ha hecho
por calor del aprisco;
y a que lo robe fiero
ella misma es quien llama al bandolero.

Corre, listón de nieve,
arroyuelo, que, helado,
era alcorza del prado,
y los pasos que mueve,

dando en el mar, ¡ay cielo!,
ni lo dejan alcorza ni arroyuelo.

6

Repara en lo que dice este soneto a una rosa antes de abrir

Si en verde oriente ya luz encarnada
es de tu sol ¡oh flor! seña olorosa,
no crezcas hasta el día de ser rosa,
que son las horas muerte disfrazada.

No a más beldad aspire engañada,
que estás, si creces, en llegando a hermosa
del achaque de un día peligrosa,
de enfermedad de un sol amenazada.

Arrepentida en balde, flor vecina,
pues a su error no sirve de experiencia
aproveche a tu riesgo documento.

Baste ya de otras rosas la rüina,
no te prosigas, que en mortal dolencia
ninguno de sí mismo es escarmiento.

7

No ocasiones a que te digan lo que este soneto a una fuente, que estando muy rica de jaspes, no lleva agua

¿No eres tú la que quiso a la mañana
imitarle las perlas engreída,
y en flor de jaspes tienes prevenida
por nieve mármol, pórfido por grana?

Pues ese viento, de tu pompa ufana,
ése enjugó tu cristalina vida,
que quien se puso tan envanecida
fue providencia que quedase vana.

¿Qué olorosa merced te debe el prado,
engañando de fuentes tantas flores
que alistarón su vida a tu cuidado?

Mentiste la esperanza a sus verdores,
¡oh aviso superior de lo criado!
¡oh propiamente imagen de señores!

8

Encarézcalo este soneto, a una hermosura que murió de repente, teniendo un reloj en las manos

Todo un reloj ocupa su destreza
en avisarte, Antandra presumida,
ser tu beldad eternidad mentida
que de humana te estorba la certeza.

Mas no logra el aviso su fineza,
que su eficacia, en parte resistida,
pudo desengañar toda una vida
y persuadir no pudo una belleza.

Lo infalible parece que suspendes,
pues un reloj la vida te profana,
y en las horas prosigues de tu engaño.

De ti misma el ejemplo desatiendes,
y hermosa yaces: que en la edad de vana
a un tiempo es inútil desengaño.

9

Lee este soneto a una mariposa que se ahogó en un vidrio de agua

Avecilla infeliz, que tantas flores
en esas breves alas extendiste,
¿cómo, si para fénix floreciste,
Ícaro se apagaron tus colores?

Es tu achaque la luz, es tus rigores,
y en llama de cristales falleciste,
que si ha de ser estrago para un triste,
aun el cristal presumirá de ardores.

Mas ¡ay, necio de mí! bárbaramente,
avecilla, en tu lástima me engaño,
compasivo a ese vidrio que te infama:

no causó el mal mudarte el accidente,
que, habiendo de morir, no fue en tu daño
el cristal más peligro que la llama.

10

Bien lo experimenta en este soneto una rosa maltratada de un gusano

Esa rizada púrpura olorosa,
esa de nácar lástima florida,
hoy de un gusano descortés mordida,
más ejemplo está ya que estaba hermosa.

Si es morir de flor pena forzosa
bárbara en lo preciso fue la herida
colérico fue el diente, que su vida
poco pudo tardar naciendo rosa.

Mas no es dudar su muerte lo violento
de anticiparse a apolillar su grana,
dudando que a su estrago no se rinda.

Que no muera de rosa fue el intento,
por no dejarse con acción villana
tener el gusto de morir de linda.

11

Lee en estos versos lo que supo merecer un ingenio, grande y virtuoso

Vuelve, vuelve a esta parte,
Gerardo, y mira atento
con lúgubre ademán, pero sin arte,
al que tanto lució, ya macilento;
mira, mira, y harán esos despojos
que hable ese silencio de tus ojos.

Bien le ves decaído,
bien le ves tan ajado lo florido,
pues yo le vi que arbolaba el prado,
rosa bella de grana,
y gastándose el jugo a la mañana
era a las flores general cuidado,

primada de la aurora;
y tú la ves ahora,
púrpura desmayada,
al temblor de los aires deshojada.

Ese polvo que ves, ése, Gerardo,
atención fue del orbe,
y aunque parece horror está gallardo;
lo que ves no te estorbe
ni tu engaño resista,
mírelo tu discurso y no tu vista;
que tanta erudición, tanta eminencia,
la ciencia, la doctrina, la elocuencia,
aun más en pie se está y aun más erguida,
que es más docta una muerte que una vida.

Llega, Gerardo, toca, que imagino
que no está ejecutado del destino;
mas, ¡ay!, que es el sosiego,
ya que a admirar su compostura llego,
del no alterarse en su postura suerte,
estar muy enterado de su muerte;
y en peligro tan justo
sabiendo el daño no le altera el susto,
que se lo dijo aquello que vivía
cuando escuchaba a un día y a otro día,
y en quien el daño se le trae temido
llega a hacer el dolor menos rüido,
que en rüinas y excesos
el que espera sin miedo los sucesos
tiene en lo porvenir jurisdicciones.

De estas transformaciones
no juzgas, no, lo cierto
si a ese cadáver lo llames muerto;
que no es morir diferenciar de vida.
Volvió la recibida
que la tuvo prestada
por no sé cuantos días entregada,
que en aquestos conciertos
son los días contados, mas no ciertos,
y a vivir se pasó de lo que ha obrado.
¡Oh tú felice, que en tu ingenio ha estado,
sin que polilla de horas te consuma,
saber hacerte siglos con tu pluma!

En acción tan lucida
más debes a tu ingenio que a tu vida,
porque en ella, ¡oh claros desengaños!,
ni una hora más viviste que tus años;
y en tus escritos doctos y eminentes,
espejos elocuentes,
cristal de eternidades
la cara te verán otras edades,
pues tan eterno en ellas te apercibes
que te hacen vivir lo que no vives.

Aquí, para que asombre,
vives, vive tu nombre,
y allí vives más vida
y habitas con virtud esclarecida
exento de querellas,
Adonis celestial, selvas de estrellas;
espumas de los cielos luminosas,
y en ambas vidas con quietud reposas.

12

Lee este soneto a una hermosura que murió de repente con un reloj en la mano

Ese volante, que continua espía
es siempre en lo viviente presuroso
en Nise, que murió de lo dichoso,
aviso quiso ser, y fue porfía.

No muere, no, reloj de tu armonía,
la que vivió lo breve de lo hermoso,
tú señalas no más de lo forzoso,
y un mérito apresura más que un día.

Si en frágil duración de los instantes
tiene su mayor priesa en lo que dura,
¿cómo tu oficio de morir ignoras?

sin ejercicio mueves tus volantes,
que a quien le dan por vida una hermosura
es perezosa edad la de tus horas.

13

Pero sin que lo entienda el malintencionado escucha a la verdad en tu abono este soneto

Tan temprano es tu ingenio, que aun no mueves,
con airoso ademán, con planta airosa,
la edad de veinte abriles olorosa,
y sin ocios de flor, ya frutos llueves.

¿Cómo a estrechar en esta edad te atreves
siglos de perfección? Tu edad dichosa
vengue las brevedades de la rosa,
desagravie a las dichas de lo breves.

Tanta es la edad de tu discurso ardiente,
tan niños esos años mereciste
que vida has menester porque no acabes.

Nace para saber todo viviente,
tú a estudiar el vivir sólo naciste,
¡oh, si vivieses todo lo que sabes!